

Concha Zardoya

España en su historia. Cristianos, moros y judíos



OS hallamos ante una obra monumental, verdadera radiografía de España, que, al mismo tiempo, es un libro en perpetua fluencia. Asombra su saber y también su vitalismo, y hasta anonadan sus pasmosas revelaciones y evidencias. Los entresijos de la historia, de la literatura, de la vida y la significación de España quedan al descubierto y casi o totalmente puestos en claro. El libro apunta algunas soluciones rigurosamente científicas, pero que nos parecen tan maravillosas y mágicas como un poema, como una perfecta obra de arte. Un español rico, suelto, vivo y personalísimo es el cauce expresivo de todo este universo de sabiduría e intuiciones, de existencia española en pasado, en presente y hasta en futuro. Numerosos hallazgos—acaso discutibles para los escépticos—dan luz a zonas enteras de nuestra historia literaria, artística y simplemente vital. Erudición y ciencia se insuflan de espíritu creador, de halo mágico, de poesía eterna, construyendo un libro totalizador, intenso y extenso hasta lo posible, escrito a la luz y perspectiva

del destierro y la nostalgia, con «el átomo del corazón» apretado por la tragedia de España y su dramático existir histórico. Hay tal vez más *patria* aquí que en muchos de los sistemas políticos que han querido y quieren salvar a España. Y decimos esto sin ironías de ninguna especie. El interés del lector—y muchísimo más si es español o siente a España—no decae ni un solo instante, como si estuviese leyendo una apasionante novela o unos poemas transidos de luz e inspiración. Pocas veces se produce tal milagro en obras semejante. Libro grande, leído a sorbos, día por día, noche por noche, como la Biblia o el Quijote; leído con delectación, con estremecimiento, en actitud meditativa. Vibrante, exacto, riguroso y, sin embargo, lleno de palpitación creadora, de latido cordial, de sensisibilidad hispánica, de intelección y de exégesis. Libro de saber español, de saber vivo, no acumulador ni nutrido de fichas bibliográficas ni índices catalográficos, pues todo dato es dado en función de vida y espíritu, actuando a la par de ese «espíritu espirotuante» que alguna vez menciona el autor. No hay documentos en demasía, sino que lo esencial es citado esencialmente. Ahora bien, según declara el Profesor Castro y según es fácil advertir desde las primeras páginas, esta obra no hubiese sido posible «sin la filosofía del tiempo actual». Los instrumentos de análisis y exposición proceden de la filosofía existencialista de Dilthey, Heidegger, Ortega y Unamuno (1). He aquí, en efecto, el primer acierto del autor: a pesar de su ardiente españolismo, rebasa los puntos de vista nacionales y utiliza los mejores métodos europeos, los

(*) Américo Castro: *España en su Historia. Cristianos, moros y judíos*. (Buenos Aires, Ed. Losada, 1948, 709 págs.)

más adecuados a su labor indagadora e interpretativa. La posición existencialista—que acepta y glorifica la finitud del hombre—le libra de todo énfasis doctoral, de toda soberbia erudita y de la pretensión de considerar su libro como un todo sin enmiendas, como un orbe cerrado, concluso, esférico. No obstante, no hay por fortuna esa frustración ni esa inseguridad característica de algunos existencialistas. Su angustia se calma y se resuelve en amor y en plena aceptación del destino de España, destino al fin de cada hombre español, afirmando su propia totalidad humana, su «integralismo» radical. Don Américo se sume en la vena eterna de lo hispánico y nada a redrotiempo, mas sin olvidar su vida presente ni la actualísima circunstancia vital de España. La trayectoria de esta obra incide en repeticiones—*constantes* del libro—cuyo objetivo es no olvidar el enlace que los nuevos problemas tienen con la tesis fundamental. Estas constantes o directrices, al fluir a lo largo y a lo profundo, atan, relacionan, reafirman, actualizan, vitalizan los supuestos y afirmaciones parciales, los sondeos y catas particulares; este eslabonamiento, este ir y venir hacia atrás y hacia adelante para luego volver al punto de partida, este dispararse y escapar a lejanos cielos para luego regresar a la tierra, estas digresiones e insistencias convierten la obra en materia viva, apasionada y apasionante, en continuo crecimiento y ebullición. Nada está muerto aquí, ni siquiera los hallazgos que parecen definitivos. (¡Qué lejos la farragosa erudición!). Cada línea, cada documento, cada glosa, cada cita, cada fecha, sólo existe en función de ese espíritu que ama, traspasa, enciende, comprende. El Profesor Castro insiste repetidas veces en que el estilo «centáurico»—luminosa denominación reveladora—

de la literatura española es «síntoma de formas más amplias de vida». Y tan identificado se halla con esta creencia que su propio estilo participa de ese «centaurismo», acaso sin advertirlo personalmente. Y así llega a descubrir la intimidad de la existencia hispánica, la entraña vital de las ideas y de la historia españolas, porque sabe que la simple búsqueda de fuentes y la acumulación de elementos sólo poseen una relativa validez, aunque no se aventure—muy justamente también—a despreciarlos del todo. Sólo hasta cierto punto son válidos, pero nada más. Y esto lo sabe muy bien el lector moderno.

Libro, en síntesis, de la existencia y angustia españolas, no en vano parte del acertadísimo supuesto de que la historia de España consiste en un «vivir desviviéndose, en un sentirse insatisfecho con los resultados de la propia condición, o en un defenderla a todo trance, precisamente por tener conciencia de su necesidad de ser así». Libro clarividente, iluminador, que insiste en la tesis de que la historia es vida entretijada y no acontecer abstracto. Libro que procura «entender» más que enumerar interminablemente. Por tal razón, ya cerca del final, Don Américo declara que su libro no es una historia en el sentido usual de las palabras, sino más bien «una orientación que haga posible escribirla algún día», y le llama «proyecto—torso—de biografía de España». El Profesor Castro merece, pues, el dictado de biógrafo de España, a pesar de que algunos estadios de la vida—historia—del país no alcancen a recabar su atención (las épocas celtibérica y romana, por ejemplo). Biógrafo, sí, de momentos—siglos—cruciales, que desata el nudo gordiano de los grandes equívocos históricos; clínico y paciente, a la par, de los instantes álgidos, de las

fiebres vivas y fluidoras no interrumpidas por el tiempo, de los hechos vitales; que penetra en los defectos tanto como en las cualidades, en la religión y en la trivialidad cotidiana, porque tiene conciencia de que la vida—la Historia—es una suma de todo ello, una totalidad y no una serie de compartimentos estancos. ¡Y cuántos sugeridores paréntesis deja abiertos—carece de tiempo para cerrarlos de modo definitivo—para nuevas indagaciones más concretas que habrán de realizar los estudiosos jóvenes! Sondeos que, abriendo a su vez inéditas perspectivas luminosas, conseguirán el éxito si recuerdan las enseñanzas, los atisbos y los hallazgos de esta obra intensa y profunda, radiante y plena de conciencia, que intenta—dice su autor—y que en muchos aspectos consigue—añadimos nosotros—«devolver la literatura española a su auténtica realidad, devolver a la historia integral de Hispania lo que integralmente le pertenece».

Antes de pasar a ocuparnos del contenido, más o menos pormenorizado, de la obra, queremos permitirnos un vaticinio, aunque no presumimos de zahoríes: esta invitación del Profesor Castro—revisar la historia de la cultura española—significará, andando el tiempo, una verdadera revolución—acaso lo es ya—de la cual este libro representa una lograda síntesis. Todo queda dentro de él, en germen, en semilla o en planta: sólo es menester que las flores y frutos se eleven a los cielos y caigan a la tierra en todas direcciones. Así y los arabistas españoles—quizá también los franceses—han sido los precursores de esta revalorización en cuanto concierne a las raíces musulmanas hincadas en el suelo y en la sangre de España. Si no se olvida la raigambre judía, ¿hasta qué ámbitos lle-

garán las resonancias de tal revolución y hasta qué subsuelos las investigaciones futuras?

* * *

El libro se abre con una cita de Unamuno: «No hace el plan a la vida, sino que ésta se lo traza a sí misma viviendo». El prólogo glosa este pensamiento unamuniano que, en realidad, preside—como es fácil suponer por lo ya dicho—la orientación de la obra y su pensamiento más íntimo. Toda ella procura «averiguar cómo se formó y se desarrolló lo que hoy denominaríamos la forma hispánica de vida». Así, a la luz de un criterio existencial, contempla la proyección del islamismo y judaísmo a lo largo de la vida española, injertados en la contextura cristiana. La savia musulmana—hebrea es perceptible—según insiste el Profesor Castro—en los místicos y ascetas—herederos de la inspiración sufí— en el totalitarismo religioso del Estado, en la crítica desesperada de la sociedad—desengaño del mundo—en el afán por la limpieza de sangre, en la Inquisición—creada por los conversos ansiosos de borrar su origen—, en los temas poéticos árabes que se encuentran en Lope de Vega, Góngora Tirso y Calderón, etc. Juzga también que las importaciones venidas de fuera—Cluny y Cister en la Edad Media, el humanismo y las formas de la escuela italiana—han sido un ansia de completarse sentida por España.

¿Sobre qué bases fundamenta su biografía nacional? ¿Con qué arcilla procura modelar este «torso» de España? Se sirve de «aquellos fenómenos en que la forma de vida parecía expresar más directamente: el lenguaje, la literatura, las confesiones íntimas y

cuanto se nos daba como una estructura del fluir vital de la persona». Y, con el análisis de estos fenómenos, abarca desde el siglo VIII hasta el XV, e insinúa la trayectoria del vivir hispánico—fluir que no se deja segmentar—a través de la Edad de Oro, y casi nos promete: «Si nos fuera posible, desearíamos tratar en otro volumen de cómo siguió viviéndose y desviviéndose España en los siglos XVI y XVII, cuando las posibilidades hispánicas se universalizaron valiosamente».

Y comienza la exaltación de la *persona* española, encastillada en sí y luego arrojada a vastos mundos nuevos. Y empezamos a notar que el análisis del Profesor Castro es más afectivo que meramente racional, pues desdeña toda vacía erudición. Investiga la razón del vivir hispano, enigmático y agónico vivir, pero su examen invita a olvidar los módulos del progreso, de la eficacia técnica: hay que proceder a la luz del espíritu y no atender a cosas cuantitativas, pues España es un país incapaz de descender al plano de las materialidades y que, en cambio, siente la pasión de infinito; no es hábil para acrecer la riqueza. ¿Acaso desampara Dios a sus pájaros? Y se nos descubre la trascendencia de la tierra española: el hombre hispano se halla arraigado en la propia tierra que labra con sus manos, despreciando la maquinaria. Y, también, la del cielo. Y España se nos presenta como una oquedad, sin cosas, pero con personas magnificadas hasta tutear a Dios. El español cree en la solución celeste, porque todo lo humano es inseguro, problemático y angustiado. Y, así, vive y se desvive, marchando a su propia ruina, «como si se tratara de una gozosa saturnal».

España, en la Edad Media, «es el resultado de la

combinación de una actitud de sumisión y de maravilla frente a un enemigo superior, y del esfuerzo por superar esa misma posición de inferioridad». Los cristianos españoles querían ejercer el señorío y servirse de los moros. Estos y los judíos practican la ciencia, el arte, la técnica, el comercio. Sin embargo, el único bien positivo del cristiano es el impulso vital y guerrero, el valor y esfuerzo de su propia persona.

El capítulo segundo recoge un interesantísimo estudio acerca del lenguaje. Cita incontables voces, con sus significados, que comprueban que las actividades y cosas musulmanas ocupaban espacio en la vida española. Analiza, principalmente, las palabras *sombra*, *palacio*, *vergüenza*, *hijodalgo*... En todas ellas se advierten reflejos moriscos y judaicos. Habla de los arabismos soterraños del latín medieval y en las lenguas habladas de Europa, de la lengua catalana ligada al resto de la Península en sus capas más antiguas...

En el capítulo tercero explora algunas formas tradicionales de vida y expresión, en las que se injerta la tradición islámica, o, mejor aún, a las que ésta da origen y explicación: costumbre femenina de cubrirse el rostro, algunas *cortesías* (besar la mano, besar los pies, en el «Cantar de Mío Cid», en las «Crónicas», en Cervantes, etc.), expresiones como *ojalá*. Advierte que la palabra Dios y todas las que con El se relacionan son más usadas por los españoles que por los demás pueblos germánicos—bendiciones y también maldiciones—: nos encontramos, pues, ante un aspecto nuevo y fecundo de la historia hispánica. El Profesor Castro matiza el capítulo con referencias al influjo morisco en la Edad Media declinante: en Villasandino, en el zéjel—*Tres morillas me enamoran en Jaén*:

Axa, Fátima y Marién». El vivir morisco se había infiltrado en la vida privada.

Prueba la realidad de la religión católica española, aunque nada tenga que ver con ello «el que los hispanos estén convencidos, en su gran mayoría, de que la Iglesia hispánica no encarna ya valores excepcionales de ninguna clase». Templos, obras de arte y literatura afirman y constatan su poderío. Don Américo demuestra, precisamente aquí, su imparcialidad y rigor científico, al declarar: «Quienes se acercan a tales aspectos de la historia con aire displicente o suficiente, harían mejor consagrando su tiempo a otros menesteres intelectuales que puedan entender menos mal». Y añade: «La historia hispana es, en lo esencial, la historia de una creencia y de una sensibilidad religiosas y, a la vez, de la grandeza, de la miseria y de la locura provocadas por ellas». España arriesgó su vida por su religión, jugándose entera a cara o cruz, pues no fué un simple hábito de tradición, ni un negocio político, ni un espectáculo teatral... Rechazar tal realidad es no saber ni una palabra de historia, es negar lo evidente. El Profesor Castro reconoce que, en España, la Iglesia es un poder irremplazable, erigido frente al Estado que es sólo un co-poder. Menciona el apatismo quietista—«creencia y no ataque cognoscitivo de la realidad»—que se encarnó en las clases pudientes y en la Iglesia; en cambio, la masa popular—esquilhada desde siempre por aquéllas—sintió el mesianismo y el anarquismo—creencias de signo opuesto aunque de raíz análoga. Las frases que citaré a continuación, tocan lo más vivo de la tragedia de España: «Estos dos anarquismos, bajo el disfraz de ideologías extranjeras, han acabado de desgarrar el suelo de España en la atroz contienda de los años

1936 a 1939... El pueblo que ha luchado contra el fascismo creía, de buena fe en numerosos casos, que estaba entregando su vida por una causa sublime y universal, y que el sacrificio de las pobres masas españolas determinaría un cambio en el curso de la historia del planeta. Lo cual no es nuevo, porque a fines del siglo XV las masas españolas creyeron que los Reyes Católicos habían sido enviados por Dios para instaurar la felicidad sobre la tierra, y para concluir con la tiranía de todos los poderosos. Algunos pensadores del Renacimiento escribieron utopías, pero los españoles han dado su sangre por tales sueños en más de una ocasión, borrando así el confín entre lo posible y lo imposible, lo real y lo imaginado». Luego, aunque no cita nombres, agrega: «La historia se vuelve así un alternado proceso de ilusiones y desencantos, forjados por la fe o el desengaño en torno a los jefes de la nación, por mesianismo y el anticristismo, por la exaltación del ídolo o el vituperio del culpable». No evoca nombres. ¿Para qué si cada español los conoce por su bien y por su mal? Ay! y así desde la Edad Media...

Niega que el culto a las imágenes sea superstición, porque la *persona* española se incluye en un halo de trascendencia. El hispano se deja matar por *SU* religión, sea ésta catolicismo, liberalismo, comunismo o anarquismo. «Vista a esta luz, la Guerra Civil (1936-1939) ha sido la lucha entre la vieja religiosidad hispánica, petrificada por los siglos, y un ensayo de nueva religiosidad, de creación de otra órbita trascendente, en la cual se combinara el «me da la gana» español, con un proyecto utópico de felicidad universal. Lo restante fueron anécdotas frívolas, servilmente calcadadas del extranjero». Y sospecha que tal modo de

vida se desarrolló en convivencia con la cultura mágica del Islam.

El capítulo cuarto está dedicado al Cristianismo hispánico, alzado en armas frente al Islam. Pero esta guerra santa sólo fué posible gracias a la creencia en Santiago, fe de vida y eternidad. *Teobiosis Integral* llama a este culto sin paralelo en Europa, y estudia a fondo la creencia, ocupándose de su origen, auge y decadencia. Una verdadera discriminación erudita nos demuestra el cruce con la leyenda de los Dioscuros y nos participa el intento popular de equiparar a Santiago con Jesús. Casi unánimemente, el Profesor Castro concluye que el Apóstol fué un sueño hecho realidad nacional, algo tan auténtico como la propia vida. Santiago, por otra parte, era un grito capaz de oponerse a Mahoma. La creencia en lo divino se unía al afán y necesidad del hombre: lo divino y lo humano borraban sus fronteras. Bernardo del Carpio, contrafigura de Roldán, surgiría también como una consecuencia del *orgullo español*—cualidad no mencionada por Don Américo—como otra muestra de oposición irreductible, como otro signo de la dignidad patriótica de España. Y, al referirse a la atracción internacional ejercida por el Apóstol, opina que el cuerpo y sepulcro de Santiago, en Compostela, se oponían, tenían que oponerse, a los magníficos monumentos islámicos ya existentes en la Península. El belicismo de la Iglesia española queda también lógicamente deducido del Santo Patrón Santiago—Santo guerrero— que, en todos sentidos, es la piedra clave en la historia medieval española. Es un santo nacional, pero también internacional como Don Quijote. Es columna vertebral del cuerpo de España: es el Anti-Mahoma. El Profesor Castro insiste en afirmar que la

creencia en Santiago permitió existir a Castilla y León, frente a moros y europeos. La Reconquista era un «no-vivir» y un «querer ser» a pesar de todo. Y define a España, país existencial: «Su virtud ejemplar radica en una rara maestría, en el arte inaudito de vivir en la nada y no aniquilarse en ella, porque tras esa nada siempre alboreó la firme conciencia de seguir existiendo, como raíz viva de eternidad humana. No se muere mientras subsiste la conciencia de estar viviendo en creaciones perdurables siempre renovadas». Cuando la creencia en Santiago se rompió, fué reemplazada por la fe en la Virgen del Pilar: el ideal bélico fué substituído por la ternura femenina.

Destaca el valor humano, el existir realista e integralista de Castilla, frente al valor intelectual del Islam. El aislamiento cultural castellano era una verdadera defensa. La épica es, en primer término, una consecuencia de la oposición a lo árabe, simbolizado por la lírica. La arrogancia y braveza castellanas se oponían a la serena contemplación tanto como al trabajo manual. Ni meditación intelectual ni trato con las cosas de este mundo.

En el capítulo quinto explica el origen árabe de las órdenes militares españolas—ermitaños y guerreros—en contra de la idea dominante de que surgieron como una réplica de las francesas-Hospital y Temple. No por azar nacieron en las fronteras con el Islam: en Palestina y España. «Darse a la ascesis mística y verter sangre enemiga eran tareas compatibles con el musulmán, porque en él se borraban las distancias entre lo corporal y lo espiritual, entre lo mundano y lo divino». Las Ordenes, sin embargo, significaron para el pueblo el imperio del «señoritismo». Y tal humor descontento o descontentadizo aparece en

Fuenteovejuna, en *El Comendador de Ocaña*, etc. La Guerra Santa, en resumen, poseía un sentido de inspiración islámica.

El capítulo sexto se titula: Literatura y forma de vida. Considera que la vida española consistió más en acercarse al alma que encerrarse en el espíritu. De ahí la personalización de algunas formas verbales (amanecer, anochecer...), fenómeno de procedencia árabe, lo mismo que la construcción refleja con verbos intransitivos, debida a la pseudomorfosis musulmana. Tales fenómenos objetivos-subjetivos constituyen la «expresión centáurica», y los problemas que plantean escapan a la gramática histórica.

Y pasa a examinar la peculiaridad de la época castellana. La «persona» aparece como sede de valores sociales. No es extraño, entonces, que Castilla sea fértil en adalides. Así es fácil explicarse este fenómeno único que se da en la épica castellana: una desconcertante historicidad. «Castilla se constituyó sobre la fuerza ejemplar de ciertos hombres excepcionales» (Fernán González el Cid...), con el consenso de todos. Eran héroes «al alcance de la mano». La épica recogió este peculiarísimo humanismo castellano, basado en los valores de la persona. Y tal exaltación de la *persona entera* es de evidente origen árabe. La religión, por otra parte, también era vivida *personalmente*.

Al comparar, con acierto, la *Chanson de Roland* y el *Cantar de Mio Cid*, confirma la idea «que corre a lo largo de este libro, a saber, que el hispano-cristiano, tal como se revela su lengua y en sus creaciones literarias, enlaza prietamente con Europa y toma de ella cuanto le es dable; a la vez, conserva una irreductible y agresiva singularidad, debida en lo esencial a las huellas impresas en su alma por la convivencia islá-

mica». Después de una brillante descripción y análisis del poema francés, concluye que éste fué escrito *para* el pueblo y desde arriba; el cantar del Cid, por el contrario, fué compuesto desde el punto de vista *del* pueblo, es decir, de abajo hacia arriba.

Y nos da una cumplida explicación de las «nuevas» de Mío Cid, cuyo origen es el *hadit* árabe. Opina que la actualización del tema en la vida inmediata del juglar y de sus oyentes, es rasgo en embrión que pasaría al Quijote: el personaje y la persona se entrelazan vitalmente. ¡Y he aquí que este rasgo moderno de la literatura se daba ya en España en 1140! El Mío Cid pertenece a un género «centáurico» en el que se confunden la experiencia de lo trascendente poético y la experiencia de lo efectivamente vivido o visible del oyente. Piensa, además, que si el verso es irregular, es porque el *Cantar* no responde a ninguna regla, o mejor dicho, se amolda a la necesidad interior de su ser y nada más. (Advertimos que tal criterio se identifica con el nuestro, ya que juzgamos que cada obra inspirada tiene *su* forma propia, siendo ambas consubstanciales e inseparables; si esto no fuera así, aquélla dejaría de ser lo que es). Tal forma abierta y flexible, no encajada en receptáculos cerrados y uniformes, confiere a la épica castellana su peculiar dinamismo creador. Los héroes castellanos son sentidos como personas de carne y hueso. Los cantares españoles no exaltan al rey, cosa que no ocurre en las *chansons* francesas; los aristócratas, a su vez, aparecen tratados con luz desfavorable (los Infantes de Carrión, por ejemplo).

Advierte un sesgo novelístico en la épica castellana, hallando en ésta el origen de la novela. Se nos ocurre añadir: ¿Los cantares de gesta no eran, antes que nada, un espectáculo para el pueblo? ¿No colaboraban ju-

glar y público, creando y sintiendo al mismo tiempo? ¿No es esto teatro, realidad y vida hechas arte espectacular, para ser visto con los ojos y escuchado con los oídos? ¿No es posible, pues, añadir al origen litúrgico del teatro este embrión dramático de la épica castellana?

Discrimina el Profesor Castro lo que es oriental—árabe—o no en nuestra historia y literatura. No sólo sigue y lleva su tesis a una última consecuencia, sino que retrocede y rastrea por incontables caminos distintos, en donde aquélla se rompe o falta, iluminando así zonas o puntos oscuros. Avanza y vuelve a retroceder, enlazando, relacionando, en un proceso de continuidad y síntesis. Su libro—como escribía *Al-Mias' ūdī*— «te ofrece al mismo tiempo el comienzo y el fin... reúne lo lejano a lo que está cerca de ti, el pasado al presente; combina las formas más diversas, las especies más distintas...». Andar y desandar, unificación, digresión y vida. Los avances llegan hasta tocar lo contemporáneo, la entraña misma de nuestro vivir actual, el átomo de nuestro corazón angustiado: «La verdad es que pensadores como Luis Vives, Miguel de Unamuno y José Ortega y Gasset, recuerdan más bien a Averroes, Ibn Hāzm e Ibn Jaldūn que a Aristóteles, Descartes y Kant». Apunta, pues, no sólo a nuestro pasado medieval sino también a la totalidad de la Historia de España; no nos muestra una Edad Media inconexa, aislada, sino formando parte del fluir histórico, del ser y *devenir* nacional. Se esfuman los confines entre el pasado y el presente. Y advierte esta misma supervivencia tenaz como rasgo típico de la literatura española, aspecto capital de la forma de vida de Hispania.

En el capítulo séptimo estudia el pensamiento y

sensibilidad religiosa. Se ocupa del arcediano de Segovia Domingo Gundisalvo (Domingo González) que escribió obras en las que intentó armonizar el pensamiento aristotélico, neoplatónico y musulmán. Este filósofo, en el siglo XII, y Luis Vives, en el XVI, fueron meteoros que pasaron por España, pero que fructificaron en el extranjero. Luego, sitúa a Lulio— influenciado también por la tolerancia islámica— dentro del marco cristiano—islámico de la vida española, «aunque su posición dentro de él sea la que corresponde a las circunstancias de Cataluña». Destaca la peculiaridad del estilo luliano: la alternancia de temas de alta espiritualidad con referencias a detalles materiales que sorprenden. Nada comparable existió en Castilla en el siglo XIII. La Crónica biográfica de Jaime el Conquistador, además, está llena de desbordes, impensables en una crónica castellana. En uno de sus habituales avances cronológicos, el Profesor Castro incluye a Teresa de Jesús, por las alusiones de sus escritos a su persona, dentro de la tradición musulmana. El *Libre de Amich e Amat* es, para él, un claro ejemplo de mudéjarismo literario: enlace de la tradición neoplatónica cristiana con la mística musulmana. Para comprobar el integralismo, el lirismo plástico, la relación de espíritu y materia, de lo divino y humano, el Profesor Castro nos da textos comparados, a dos columnas, de Lulio y de autores árabes.

Estudia el objetivismo moral de Castilla hasta el siglo XIV, considerando que es un fenómeno histórico y no racial. Dicho objetivismo se manifiesta en el cultivo de la norma moral jurídica y religiosa, en la carencia de subjetivismo, es decir, de lírica y de mística. «Bueno estaba convivir con moros y judíos, pero

no era posible expresarse *conscientemente* como ellos, pues el castellano habría dejado de ser como era».

Al examinar la religión y la vida medieval con sus formas íntimas de existir, don Américo advierte que se ha de tener en cuenta, para no perderse en la empresa, que «el cristiano se sirvió del moro, fué seducido por su civilización en muchos aspectos superior y a la vez tomó cuantas precauciones supo para seguir otro rumbo en su vida», triple actitud de servicio, seducción y precaución.

Aludiendo al estilo de Avicena—entrelazado de ciencia y humanidad viva—interpretado *intelectualmente* por un traductor latino, dice el autor: «Si los españoles hubiesen hecho lo mismo, habrían llegado a poseer la ciencia físico-matemática, pero no hubieran producido el arte de Lope de Vega, ni a Velázquez ni a Unamuno con su poesía a la estrella Alderabán».

En Ibn Arabi halla una «célula de lo que un día será la novela de Cervantes». Quinientos años de convivencia con el Islam produjeron el *integralismo hispánico*, ese actuar con todo el ser. «Adoptada semejante perspectiva, entiendo mejor a Don Quijote y a Sancho, la vida de Santa Teresa y la de Lope de Vega, y en general se percibe con mayor justeza el sentido de los más auténticos fenómenos de la historia que no es simplemente resultado del realismo hispánico o del prurito de individualidad». Después, destaca los elementos islámicos del Poema del Cid: lo que no se halla en la épica europea, ni en Lucano, ni en ningún otro escritor: «se ha roto el marco fijo de la objetividad narrativa, y en su lugar tenemos un estilo descriptivo; la vida se hace presente desde dentro

de sí, y su análogo es la literatura, la vida islámica». (El Cid está triste, llora, se siente animoso...).

Siempre desde el punto de vista de su tesis, el Profesor Castro nos adentra en el arte y significación de Berceo. (Sin querer, retrocedemos en el tiempo, y nos hallamos en un aula de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, meses antes de la guerra civil, y vemos y oímos a nuestro don Américo—olvidándonos de que estamos leyendo—y participamos alguna vez en las respuestas de la clase, en los comentarios al Maestro Gonzalo). Desmiente su candor e ingenuidad—verdadero tópico de las historias literarias—declarándole un artista consciente. Poeta que «intuye su propio obrar en la obra, su conciencia de estar escribiéndola»: «Incorpora a su poetizar su mismo estar poetizando». He aquí, pues, una afirmación de «integralismo». Su estilo es una muestra de literatura sufi: espontáneo y plástico. Estilo taumatúrgico y vitalizado, de procedencia árabe. La obra aparece haciéndose desde dentro, cosa que sorprende gratamente al lector moderno.

Y se interna, al final del capítulo, en las *Cantigas* de Alfonso X. Supone que, si 335 cantigas de 402 presentan el tipo zéjel, «algo de la concepción islámica de la vida ha de yacer bajo tal fenómeno poético». Y ese «algo» es la necesidad de verter hacia afuera «el átomo del corazón»: un nuevo caso de «integralismo». Don Américo supone también, en la existencia de las *Cantigas*, los mismos motivos históricos de la épica castellana. «La Virgen se integra en una causa nacional como antes lo hizo Santiago, y el Rey hace que el milagro se incorpore a los hechos de la vida». Después añade: «Lo anterior hace ver cómo las *Cantigas* nos sitúan en vías centrales de la historia hispa-

na. Su integralismo va incluyendo en círculos concéntricos el ambiente de cosas y personas, y todo queda «pintado al vivo». Las *Cantigas* son, por tal causa, un documento para conocer los costumbres coetáneas. Opina, finalmente, que la obra encierra más gérmenes de novela moderna que de auténtico lirismo. Y no ahonda en ella, «porque sale de su plan».

En el capítulo octavo pinta el desolador panorama de Castilla a fines del siglo XIII y durante el XIV. Acaso lo más importante para ser destacado en él sea lo siguiente: la expresión vitalizada de Don Juan Manuel nos presenta la angustia de Sancho IV (se transcribe un impresionante pasaje); el Patronio está representado en el Quijote por Cidi Hamete Benengeli (lo novelístico al lado de la expresión personal de un «yo», descubre el rumor de la algarabía morisca).

Pasa a tratar del *Libro de Buen Amor* (capítulo IX). «Las páginas anteriores hacen menos sorprendente la aparición de este libro, sin enlace con la poesía castellana de los siglos anteriores o con la literatura de la Romania». Desmiente a los críticos que hallan fuentes en Ovidio y en los poetas goliardos. Para él, Juan Ruiz sólo guarda semejanzas superficiales, con ellos, pues su juglaría es de estirpe hispano-árabe, lo cual no le impedía tratar temas europeos y cristianos. El *Libro* es un despliegue de fenómenos sensibles, de experiencia viva y arte antes desconocido en las letras castellanas: orgía de sensaciones, expresión de la vida. En cuanto al sentido de la obra, el Profesor Castro no observa una dualidad sino una *totalidad*: alegría corporal, sensible, subjetiva, y trascendencia moral: continuación centáurica entre dos mundos de vida. Todo ello hace del *Libro* una obra mudéjar, entretrejada de islamismo y cristianismo. Juan Ruiz no

procede a lo Chaucer o a lo Rabelais, sino a lo Ibn Hazm, «sin malicia, sin guiñar un ojo al lector». Por eso, en su «Cancionero», se ama a la mujer bella y también a la Virgen María. Juan Ruiz es el primer castellano que canta el tema de la alegría, que halla deleite en el puro juego verbal y en usar versos extraños—los zéjeles. El Profesor Castro subraya la ambivalencia epicúreo moral (humano-divina, islámico-cristiana) del *Libro*. Glosa largamente a Ibn Hazm, el cual ha ejercido profunda influencia en el Arcipreste, y coteja, *tête a tête* textos de éste y de aquél. Deduce, por fin, que el vivir integral y el arte integral de Juan Ruiz se originaban—por conocerlo a maravilla—en el arte islámico. (En una nota al pie de página, aparece una opinión que juzgo certera: «Las comparaciones, exageraciones e imágenes llamadas ahora «andaluzas» y populares son formas decaídas de la más alta poesía del Al-Andalús islámico»). «Juan Ruiz no tenía que ir a buscar fuera de casa lo que tenía en ella...». No obstante, marca alguna diferencia con Ibn Hazm: éste insiste en el error moral; Juan Ruiz «pone más bien el acento sobre lo estético». Y sigue uno de los párrafos que considero importantísimo en la obra: «Al encauzar así a Juan Ruiz hacia sus efectivas fuentes, no pretendo satisfacer mi curiosidad ni la de nadie, porque la tarea de descubrir fuentes por el gusto de decir sin más que esto viene de aquello, es, en sí misma, de una suprema ingenuidad. Después de haber cultivado la «erudición» durante muchos años, declaro que ahora me preocupa escasamente. El que sea árabe el modelo sobre el cual el autor labra su personal estilo, se menciona aquí porque ello lleva a sentir nuevos modos de arte, a percibir nuevas vidas que se abren. ¿Cómo, sin la presión vital de la literatura

muslímica, habrían podido ingresar en la zona poética de la Castilla cristiana la panadera Cruz Cruzada y la condición imaginativa de los andaluces, es decir, una experiencia sensible e inmediata engranada con una observación penetrante sobre la disposición anímica de ciertos españoles?». Mas, nos preguntamos: ¿No puede dejarse margen a la «coincidencia»? ¿A cierta identidad espiritual que, muchas veces, existe a pesar de la distancia en el tiempo y en el espacio? ¿Carece de validez la afinidad de espíritu, sin implicar la utilización de un modelo? ¿No se puede admitir tal afinidad sólo por que sí? ¿Por qué no creer en la inédita inspiración del creador, aunque alguna coincidencia pueda hacer pensar que imita, glosa, transforma o simplemente recrea? ¿No hay cosas que se sienten en la atmósfera, en la sangre, en la oscura consciencia? ¿No existe, por otra parte, el presentimiento, la adivinación, el inaudito hallazgo?

Analiza la duplicidad de sentidos del *Libro del Buen Amor*, la cual se resuelve en una ambivalencia, reversibilidad e intercambiabilidad del amor divinohumano. Todo el meollo del *Libro* se encierra en el verso que dice: «que los cuerpos alegre e a las almas preste». Libro que abre nuevas canales en nuestra historia literaria. Libro para todos: para ascéticos y para sensuales; cada cual lo interpretará a su manera. «Una vez conocidos la clase poética y los enlaces históricos del *Libro del Buen Amor*, no será difícil hacer perceptible la semejanza entre las maneras artísticas de Juan Ruiz y las de Cervantes, sin que esto quiera decir que el Arcipreste sea la «fuente de Cervantes».

Y llega a conclusiones valientísimas. (Cuántos pondrán el grito en el cielo!). Exalta la españolidad. Y si el quijotismo de ésta constituye casi un mito,

también el hondo *integralismo*, que en ella descubre el Profesor Castro, llegará a serlo en fecha no muy lejana, porque, en el fondo, es una ampliación de aquél a lo ancho y a lo profundo. «Dado que el mundo se tambalea, afirmemos sobre él los talones de nuestra voluntad y de nuestro brío, sin el cual esfuerzo, Castilla y luego España, serían hoy una prolongación del Norte de Africa, sin Cervantes, sin Goya y sin mil otras valías». Y añade: «...sin la levadura hispano-oriental, la literatura de Europa sería de una insufrible insipidez, y, para decirlo todo, ni el teatro ni la novela francesa existirían». (Y habría que añadir: «Dicho sea con perdón de los xenófobos *scholars* de la dulce Francia»). Y de sus aseveraciones concluimos que el «buen gusto» es un invento español realizado en la época de la Reina Católica, que el «existencialismo occidental (¡oh Sartre!), es un invento español de raíz islámica.

Advierte que el constante uso de posesivos en el *Libro de Buen Amor* es una afirmación del impulso vital y de la personalidad y hasta del fatalismo (arabigo). Su esoterismo poético, por otra parte, es un «anticipo de los sueños y pesadillas de Jerónimo Bosco». Y el Profesor Castro nos invita a revelar su hermetismo, a descubrir su envés. Ah! El Arcipreste nada debe en lo esencial a la Europa cristiana, y, en él, presentimos al Bosco, a Disney, a Cervantes, a Góngora, a Quevedo y a otros españoles.

Una puerta del siglo XV (catedral de Baeza), en la que se armonizan el gótico-cristiano y el arabesco musulmán, es la adecuada ilustración a este luminoso estudio del *Libro del Buen Amor*, dándose como una insistencia, por parte del Profesor Castro, en su mudéjarismo.

Este capítulo, finalmente, acaba con la indagación del sentido de «Trotaconventos». Don Américo opina que no procede de la literatura latina, sino de la tradición árabe y de la vida española penetrada de existir islámico. Y de la «Trotaconventos» pasa al Don Juan, también típica creación española. Este, para él, «sólo adquiere sentido si lo confrontamos con las formas de vida de la España islámica, el Arcipreste y con Ibn Hazm»—verdadero Guadiana éste que corría por debajo de la épica y de la lírica castellanas medievales. Cree que Don Juan vino a probar los aspectos engañosos del mundo: «Los intentos de biologizar» a Don Juan son una ingenuidad sin trascendencia. Y supone que Abu Amir es su precedente remoto. Ibn Hazm, luego, fué su vehículo... La novedad que aporta Tirso es que Don Juan queda enmarcado dentro de lo católico... «La simbiosis islámico-cristiana permitió al Arcipreste y a la Trotaconventos seguir existiendo fuera de su libro, cosa que no aconteció a los personajes literarios de otras literaturas». Y es que las grandes creaciones españolas se «salen de cuadro» (empleando el término de *argot* cinematográfico): Cervantes y Don Quijote, Velázquez y sus meninas y sus hilanderas, Goya y sus «esperpentos coronados», Unamuno y su Abel Sánchez, Antonio Machado y su Juan de Mairena, García Lorca y su Antonio Torres Heredia...

El capítulo décimo estudia el gran problema español, nunca bien discriminado: los judíos. En realidad, la historia de España no puede entenderse sin éstos, pues desde el siglo X al XV fué una contextura cristiano-islámico-judía que no es posible fragmentar ni dividir en secciones independientes. La raza judía supo plegarse o triunfar en los medios más opuestos, y no

hubo oficio o asunto remunerador que no practicase, llegando a establecer, por este medio, una verdadera supremacía desde abajo. Durante el reinado de Alfonso X, a través de los judíos españoles pasaron a Europa los conocimientos musulmanes. La grandeza del rey se debió a la obra de éstos, raudal de prosa docta que fluía en torno suyo, instrumento de alta cultura. A pesar de la odiosidad popular, el practicismo judío—cultivo de las ciencias aplicadas—se hallaba al servicio de la clase aristocrática: «siglos de asistencia médica que no pueden ser ignorados ni escamoteados por la historia». Dada la incapacidad técnica de los cristianos, no se podía prescindir de sus servicios. El Profesor Castro piensa que el judío se hizo usurero, aún en contra de su religión, para mantenerse a flote, tomando, además, las tareas que el cristiano tenía abandonadas. (Y advertimos que martillea sobre algunas ideas con el fin de obtener una visión clara, y que no se deja ganar por ningún sectarismo de la izquierda ni de la derecha). Opina que la iniciativa de expulsarlo de España no partió de los Reyes, sino del pueblo y la Iglesia, ya que era caja y tesoro de los soberanos. La historia de España se basaba, sin duda, en la economía judaica, «y hay que admitir el hecho con todas sus consecuencias». El espíritu inquisitorial no radicaba en los Reyes, porque se interesaban en una política económica. Pero el Rey cedió a la presión de «los de abajo». Don Américo desmiente, pues, la acusación de intolerancia, el fanatismo. . . El monarca no era «brazo armado de la voluntad divina. No es la suya una defensa sectaria, sino estricta justicia». Qué lejos aquí, la ingenua apología de Walsh y sus pueriles comparaciones de las cuales no se libró ni

Moisés. Los que han leído *The Characters of the Spanish Inquisition* las conocen bien.

Don Américo considera que la expulsión fué la culminación de un lento proceso humano. El reino vivía mal con judíos y sin judíos. Los Reyes se oponían a la Iglesia para «conservar la gallina de los huevos de oro»: los hebreos. La Iglesia y el pueblo veían en éstos unpreciado botín. Los judíos «eran y a la vez no eran España»: de aquí nacía la angustia secular. El Profesor de Princeton refiere que, en 1390, las masas saquearon la judería de Sevilla, cometiendo algunos asesinatos. Nosotros imaginamos la causa—causa que se repite para cada motín o levantamiento del pueblo español: el hambre. Y deducimos que el pueblo se alzó por primera vez contra los judíos, porque éstos le esquilaban o gozaban de lo que él carecía; después, se alzó contra la Iglesia... Es la natural manera de desahogar la injusticia social y las privaciones de siglos... Y, volviendo a los judíos, repetimos: los hebreos estrujaban al pobre. Esto establecía una separación entre el Rey y el pueblo; la Iglesia forcejeaba también por su parte, ansiando un predominio total. Acaso algunos alaben lo que parece tolerancia del rey y de los aristócratas... «Pero por simpática y humana que nos parezca la conducta de reyes y aristócratas, vista con ojos modernos, quien reflexione un poco no dejará de asombrarse de la temeridad y de la inconsciencia de quienes rigieron a España durante más de cuatro siglos, pues fueron dejándose atrás, como masa inasimilada e inasimilable, nada menos que a la inmensa mayoría del pueblo español. Se dirá que no pudieron hacer otra cosa dadas las condiciones de España, una tierra acuñada entre la Europa ambiciosa y el Islam pertinaz. Sea como fuere,

aquel vivir al día durante siglos, sin fraguar engranajes jurídicos desde arriba, hizo que Iberia entrara en lo que para otros pueblos ha sido «edad moderna», sin más pertrechos que su grandioso y desesperado personalismo». Y, a este paso—nos permitimos predecir—así entrará en la «edad atómica»... ¡Ay! La fatalidad de España, entre otras razones, nace justamente de esta amarga verdad histórica: el Estado ha sido, por lo general y casi siempre, el enemigo del pueblo español...

Y, llevados de la mano por el Profesor Castro, volvemos a hallarnos en medio del drama nacional: «Señores, pueblo, judíos y moros tuvieron que vivir, en último término, excluyéndose unos a otros, estorbándose mutuamente, lo cual se convierte en un no vivir—así, literalmente—cuando no aparecen compensaciones que intervengan como suavizadores». (Y aún continúa ese «no vivir», ¡y continuará hasta que Dios quiera!).

Si el pueblo odiaba a los judíos, muchas familias ilustres habían emparentado con ellos, bien sea por el incentivo de la belleza o de la fortuna. La literatura del siglo XIV y XV se debe a los judíos: Sem Tob, Alonso de Cartagena, Juan de Mena, Rodrigo de Cota y Fernando de Rojas; luego, Luis Vives, fray Luis de León y Mateo Alemán «mostrarán la cicatriz de su ascendencia israelita». El Profesor Castro supone que quienes sintieron realmente el escrúpulo de la limpieza de sangre, en un principio, fueron los judíos. (De ahí que el catolicismo español sea un eco del hermetismo de las aljamas). Más tarde llegó a ser una preocupación cristiana, inyectada por los conversos deseosos de borrar sus orígenes. Y así nació la Inquisición española, semejante a los tribunales

judíos. «Lo peculiar y nuevo de la Inquisición yacía en la sutil perversidad de sus procedimientos, en el misterio de sus pesquisas, en tener como base de sus juicios la delación y el chisme, y en combinar la rapiña y despojo de las víctimas con un pretendido celo por la pureza de la creencia... Tras de la Inquisición no había plan doctoral de ninguna clase sino el estallido furioso de la grey popular, al que sirvió de explosivo el alma envenenada de muchos conversos». Opina, además, que la prehistoria de los procedimientos inquisitoriales «debe rastrearse en las juderías de Castilla y Aragón». De este modo, si tal tesis es aceptada, acaso puedan explicarse muchos puntos oscuros o extraños de la singularísima historia de España, entre ellos el particular carácter de la Inquisición. Da pormenores—el Profesor Castro—de la actitud de algunos conversos, los cuales desencadenaron una verdadera furia teológica, desde elevados puestos eclesiásticos, desde la Inquisición misma, en muchos casos, sobre sus ex hermanos de raza y religión, a pesar de que los reyes y aristócratas procuraron contener la violencia material contra los hebreos. Cita y habla de estos conversos ilustres, figuras siniestras que perseguían con saña terrible a los suyos, con el fin de justificarse y borrar las huellas de la religión de sus ascendientes. De tal guisa, los Inquisidores habían sido antes Rabinos que, en síntesis, eran simples tráfugas de Israel. (Don Américo recuerda, también, que el Rey Católico—el instaurador del Santo Oficio—poseía algo de sangre judía).

En tal situación, «España se ahogaba en una atmósfera de espionaje y contraespionaje. Mas la cristianidad española, con aquellas obligadas conversiones recibía, también, los gérmenes preciosos de un Fernan-

do de Rojas, de un Fray Luis de León y de muchos otros, cuyas obras serían impensables fuera de la zona angustiada en que el destino los colocó. Pero muchos otros venenos, ante todo la siniestra novedad de la Inquisición, se deslizaron al mismo tiempo en la vida española. En éste como en tantos otros casos la historia ha gastado el tiempo en justificar o en maldecir la Inquisición, sin empezar por maravillarse de que una enfermedad tan monstruosa e insólita llegara a ser posible. Tres siglos y medio de Inquisición hacen creer que el español segregó naturalmente el Santo Oficio, porque era fanático... Pero al español desprevenido—como dice Mariana—le cayó aquello como «una servidumbre gravísima y a par de muerte». Y, como es natural, mereció la crítica de los grandes españoles.

El Profesor Castro pasa a examinar la literatura posterior a Sem Tob vista desde él. Este autor hebreo es el primer creador de poesía «absoluta», es el pórtico de la lírica española: canta la rosa y las flores *en sí*. Rompe los diques de la poesía. Así la «moral de Sem Tob suena en España a muy extraña doctrina».

Don Américo elude la historia abstracta y se acerca a la «situación vital», al drama de los cristianos nuevos del siglo XVI; entonces, la perspectiva histórica varía considerablemente. En realidad, los conversos «inyectaron en la España posterior el sentimiento del mundo como caos y fantasmagoría (novela picaresca, ascética, huída del mundo, etc.). «Este desencanto, este nihilismo, «el estilo desesperado de tradición judaica se convirtió en forma expresiva también para algunos cristianos viejos». Y no podemos dejar de transcribir un párrafo, que da fin al estudio citado,

por su trascendentalidad: «El sentimiento y la creencia de hallarse viviendo el hombre entre incertidumbres y fantasmagorías se extendieron como grama por el suelo espiritual de Iberia... Hemos visto, entre los siglos XI y XV, formarse, ascender y despeñarse trágicamente el curso del poder hispano-judío. Soñaron bajo Alfonso X en iniciar su era gloriosa, la «alfonsina». Todavía Alfonso XI erigía sinagogas para ellos y los presentaba al papa arriesgando heroicamente sus vidas por la causa de la España cristiana. Tres maestros de las órdenes mayores del reino solicitaban aún en el siglo XV su ciencia escrituraria, filosófica y astronómica. Comenzó a derrumbarse a fines del siglo XIV aquella manera de imperio ilegal fundado sobre trabajo técnico, finanzas, administración pública y sabiduría. La población israelita comenzó desde entonces a escindirse en dos grupos. Uno resistió con firmeza las persecuciones y afrontó la diáspora de 1942. Otro, más débil moralmente, comenzó a verse en la cristiandad española desde fines del siglo XIV en número cada vez más crecido, y a combinar con las cristianas sus formas de vida tan profundas y valiosas, como amargas y desesperadas. Por medio de tales injertos penetraron en la sociedad de Castilla el lirismo poético con resonancias árabes, la mística judeo-islámica, gérmenes de novela (*La Celestina*), pensamiento filosófico refugiado en el extranjero (Luis Vives, Francisco Sánchez, Benito Espinosa). Mas por los mismos cauces entraron también el furor y el «malsinismo» inquisitoriales, la codicia y la rapiña frenéticas, la limpieza de sangre..., el recelo de la opinión (que llega a equipararse con la dignidad), el querer ser todos hidalgos (como Mateo Alemán, para borrar las huellas de no serlo); la ascética sombría

(a destono con el catolicismo español y con el de fuera), la visión negativa del mundo (Lazarillo, Mateo Alemán, Quevedo), el desengaño, la huída de los valores.. La historia de España no puede entenderse si creemos que todo aquello fué un enojoso incidente, grave por sus consecuencias económicas y por la sombra de intolerancia que proyectó sobre los Reyes Católicos. La historia no puede hacerse sobre una base de economía pública, dicterios, lamentaciones y falacias».

Este bosquejo de historia de España está construído, pues, sobre evidencias significativas y no sobre montañas de datos. Sin embargo, a continuación, el Profesor Castro suplementa su biografía con algunas informaciones documentales, especialmente concernientes a Aragón y Portugal.

El capítulo undécimo, recogiendo los resultados reflejos que proporcionan los anteriores, constituye una verdadera síntesis del libro. Destacaremos las más importantes afirmaciones. La plenitud del existir del cristiano ibérico culminó en 1500. La expansión española hacia América no fué obra estatal, sino *personal*; el español, en ella, satisfacía afanes propios: obtener riqueza, ganar honra y fama, etc. «La firmeza del sentimiento personal y el democrático popularismo de la gente hispana, fundado en una constitución, que, como eterna, nunca fué escrita, y por lo tanto escapa a la ingerencia de las ideas lógicas. El democratismo español representa el polo opuesto de la democracia basada en «los derechos del hombre», algo que al español no le entró nunca ni en su cabeza ni en su vida». Luego, añade, refiriéndose a que los españoles son buscadores de eternidad y no de productos o cosas: «Los españoles realizaron trabajos titánicos y bellísimos en los países que descubrieron y colonizaron con miras a honrar sus

creencias y a honrarse a sí mismos como hijos de Dios como hijosdalgos «por natura». Concibe, después, la sociedad española como un esquema plano, no vertical (feudalismo). De la línea horizontal se escapa la curva, el arabesco, en un proceso infinito. Esto supone una falta de articulación feudal, de engranaje, producto del fatal compromiso entre dos creencias religiosas. La vida noble, la técnica y la laboriosa existieron en España, pero desempeñadas por tres *castas* distintas, no por tres *clases* sociales. La historia hispánica surgió en las regiones menos pobladas. Crecer reinos que no riquezas, era lo único importante. Y, partiendo nuevamente de su tan repetido supuesto, el Profesor Castro dice luminosamente: «España, caso único en la historia de un pueblo, tenía conciencia vivísima de que su existir era un hacerse y un deshacerse. El rey Fernando el Católico, buen conocedor de su pueblo, le propuso la tarea bélica y señorial que aquél anhelaba y de que solo era capaz. Vinieron luego las grandes empresas de América y de Europa, y la nación no se sintió fecundada ni satisfecha con ellas, según nos dicen (entre otros que holgaría citar) Sepúlveda, el Padre Cabrera y... Cervantes, testigos muy calificados. Quevedo renegará luego de la conquista de América; Gracián tendrá la impresión de hallarse en un mundo vacío, lo mismo que los ascetas, los autores de novelas picarescas y el teatro de Calderón. ¿Cómo fué posible tan asombroso hecho?—Mi idea de las castas, sin engranajes objetivos, tal vez lo explique. La casta dirigente creyó poder vivir sola, aferrada a su creencia y a su sentimiento de ser superior, y notaba el «vacuum» irremediable en que estaba sumida al intentar salir de su encerramiento personal. En torno a ella nada existía, porque sin pensamiento y sin tra-

bajo la realidad quedaba muda e inerte. Asido al nimbo de su creencia, confiado en sí mismo y ansiando expresar lo sentido por su alma, el español se lanzó a henchir el planeta de resonancias heroicas; de belleza expresada en palabras, colores o formas arquitectónicas. Ninguna historia había producido antes del siglo XVI tanta profusión de héroes y caudillos que jugaban con los mayores obstáculos de la naturaleza y ganaban siempre—Cortés, Pizarro, Balboa, Magallanes, Cabeza de Vaca, don Juan de Austria, Vasco de Gama, y mil más que conocemos y nos sorprenden. Ellos, y muchos frailes de energía igualmente titánica e iluminada por su creencia, consumieron sin resto sus personas como un holocausto a aquella extraña deidad—el integralismo de la persona—cuya voz resonaba en el fondo de la conciencia. Frente al principio heredado de Grecia de que la realidad «es lo que es», el español sostuvo que la realidad era lo que él sentía, creía e imaginaba; «pospuesto el temor»—un *leitmotiv* ya en el siglo XV—se instaló en Italia, caminó victorioso por el corazón de Europa o por las cimas de los Andes...». «La voluntad, el valor y la fantasía llenaban el lugar de la reflexión sobre la realidad inteligible del mundo, y crearon una forma de vida que sería ineptitud calificar de primitiva, atrasada, precientífica, etc., porque esa forma de vida fué articulándose según una escala de valores ascendentes y con plena conciencia de sus riesgos».

El Profesor Castro vuelve a ocuparse de la forma de vida hispánica, considerándola, en lo esencial, como una integración en la persona y una ausencia de pensamiento objetivable. Forma de vida *uniéfica*, de conciencia inmutable, de aspiración regresiva o quietista pero no progresiva. De aquí que el pueblo espa-

ñol sea un pueblo *democéntrico*. Y sigue el curso de la historia, aludiendo a la época actual, en la que «ha desaparecido la dimensión de eternidad»; critica la insensibilidad que supone la bomba atómica. Compara los hábitos sociales de los ingleses y americanos a lo que la Iglesia era para los españoles del siglo XVII: un decreto insoslayable. Vuelve a referirse al *quijotismo* de la vida española—defendiéndose aún a riesgo de su propio existir—al valor intrínseco de la *persona* española. «La forma misma de la vida histórica resulta ser así esencialmente igual en el siglo X y en el XIX: importaciones musulmanas entonces e importaciones europeas luego...». Y cita el grito de Unamuno, símbolo del desdén español hacia las cosas prácticas, hacia la técnica progresiva: «¡Que inventen ellos!». Para el Profesor Castro—también para nosotros—el gran vasco hablaba desde el fondo de la historia.

Poco después hallamos en *España en su Historia*, un párrafo que nos explica por qué el Profesor Castro no se ha ocupado, en su libro, de lo que podríamos llamar la «historia antigua» de Hispania: «Considero ya una abstracción inadmisibile pensar que España ha sido una encrucijada para las «culturas» del mundo, en donde se han encontrado y fundido con los naturales del país fenicios, romanos, godos, moros, etc. Semejante enfoque implica un confusionismo de la mente, del cual sólo emanan anécdotas y en último término, caos mental, que nos priva de la visión de un sujeto, de un centro inteligible al que referir ese aluvión de sucesos e «influencias». Nos identificamos totalmente con esta opinión, pero aún añadiríamos que el hombre español, el ibero, ya «era»—con semejantes o idénticas cualidades al cristiano del X o del XVI, pleno de *integralismo* nacional—en los tiempos de

Galba, de Numancia y de Sagunto. ¿No es Viriato un claro ejemplo? ¿No lo son también los héroes de aquellas ciudades heroicas, ofrendadas a la ruina y a las llamas sólo por dignidad, honra, fama y eternidad? ¡Absoluto desprecio a las cosas de este mundo! ¡Inmensa sed de infinitud!

Y he aquí una nueva síntesis histórica: «Más adelante, España siguió importando, superponiendo exterioridades deseadas y juzgadas necesarias por unos y otros portaveces de la conciencia inmutable de la España «uniéfica». Vinieron así el socialismo, el comunismo, el fascismo... A mediados del siglo XX, lo que sigue ofreciendo aire característico de España—por dentro y por fuera—sería el carlismo (un neoimperialismo de la creencia religioso-monárquica) y el anarcosindicalismo empeñado en estructurar al país mediante la concomitancia de unidades humanas, en las que vivan centáuricamente la violencia material y el ensueño ideal. Una vez más el cañón hispánico aspira a ser disparado al mismo tiempo que su proyectil». No sujetarse a las leyes es la positiva nobleza del español, es rasgo de permanente condición hispana. El Profesor Castro desmiente el individualismo español, reivindicando la conciencia de la persona y el consenso. El hombre hispano no acepta un «programa», sino que siente la «creencia mesiánica»; sólo ésta dispara a la multitud en ansia de martirio (Fuenteovejuna, Pizarro y los suyos, etc.). Cree que el régimen constitucional, el republicano, el socialista, el fascista, etc., nunca se han convertido en sustancia de España, en sustancia propia y viva. La esencia histórica de España se halla en «esos varones ilustres que al integrarse y consumirse en su existir fueron creando la espina dorsal de una historia única, formada de pu-

ra sustancia humana, sin aditamentos de cosas». «La verdadera, la gran historia hispánica habría que hallarla en las novelas, en los dramas, las esculturas, las comedias y los poemas latentes: don Fernán González, en el Cid, en el gran duque de Osuna, Jovellanos, Larra, Giner de los Ríos, Unamuno y un centenar de figuras formidables que llenan mil años de efectividad hispánica». Y habla de la obsesión de eternidad, sentida por el pueblo de España en los momentos altos y significativos. (Nosotros pensamos en Numancia y Sagunto, otra vez, en Bailén, en Zaragoza y Gerona, en el Madrid de 1808 y de 1936), «La obsesión de eternidad—Jorge Manrique, el conquistador y el misionero en América, el geógrafo pintado por Ribera y este vasco retratado por el Greco que reproduzco aquí (2); Don Quijote, Unamuno, Antonio Machado, el campesino sentencioso—todo el rumbo de la vida española, no le vino del cielo a los hispanos, sino que fueron a buscarlo en el cielo cuando hace doce siglos se encontraron sin más patrimonio que el cielo y una tierra que se les escapaba...».

Y pasa a hablar del hidalguismo. La plenitud de la conciencia histórica del español descansaba en que era un combatiente vencedor, que mandaba y dirigía y a quien le hacían las «cosas». «El español fué el único ejemplo en la historia occidental de un propósito de vida, consciente y sostenido, fundado en la idea de que el único posible y digno oficio para un hombre es ser hombre y nada más... Hacer cosas (algo que acaba por existir fuera e independientemente de la persona) implica dejar de ser hombre entero. En

(2) En *El sentimiento trágico de la vida*, nos dice Don Miguel: «Todo lo real es irracional, todo lo irracional es real».

ningún país de Europa se estigmatizó tanto el trabajo manual...». Los españoles venidos a las Indias implantaron y perpetuaron tal forma de vida: Sarmiento decía que había que traer gente de fuera para trabajar. El Profesor Castro menciona el siguiente fenómeno que juzga paralelo y antitético al mismo tiempo: «El hispano dilató la dimensión de su persona hasta hacerla estallar, mientras hoy se hacen estallar las bombas atómicas». Luego, muy justificadamente, piensa que el terror al Santo Oficio disuadió al español de cultivar la ciencia: «El no querer leer por miedo a la Inquisición debió convertirse en un tópico popular». Más adelante, opina que las influencias exteriores han sido para el hombre hispano sólo un vestido circunstancial, pues siempre ha permanecido inalterable por dentro. «El español ha vivido como un drama, como una elasticidad y una contracción hacia dentro de sí mismo, ése su importar de moros, judíos, franceses o de quienquiera que haya sido. Los retornos de las grandes salidas al exterior han solido señalarse por sangrientas catástrofes, en una alternancia de *sí* y *no* que hemos de considerar como otra de las funciones esenciales del vivir hispano. Unamuno ha expresado, ha orquestado maravillosamente los rumores de este forcejeo fatal, aunque sin percibir quién fuera el sujeto de una lucha tan grandiosa como angustiada. Por eso Unamuno necesitaba, a su vez, ser situado en su historia, pues nada humano escapa a ella». Y concluye el capítulo con esta categórica y consoladora afirmación: «La historia de Europa no se entendería sin la presencia de España, que no ha descubierto teoremas matemáticos ni principios físicos, pero ha sido algo de que Europa no ha podido prescindir, y que resaltarán debidamente el día en que las historias

de cada variedad humana, sean concebidas como un vivir en conflicto consigo mismo. El que no tenga cotización en el mercado del conocimiento físico, no significa que la serie Fernando de Rojas (*La Celestina*), Hernán Cortés, Cervantes, Velázquez y Goya, no signifiquen en el mundo de la axiología, de los valores máximos del hombre, nada de menor volumen que Leonardo, Copérnico Descartes, Newton y Kant», El Profesor Castro afirma esto después de habernos dicho que «lo hispánico vendría a ser, si no hemos errado en nuestra senda, algo como un «ego viventia mea vivo», un perpetuo solipsimo, exclusivo de cuanto no yazca dado espontáneamente en la conciencia de estar viviendo».

Diez apéndices coronan esta obra capital; diez eruditos e interesantísimos estudios parciales, todos ellos dignos de ser glosados aquí si el espacio no nos obligara a reducir nuestros comentarios al *mínimum*. Sin embargo, no nos resignamos a dejar de mencionar algunos asertos. En el tercero—«Por qué no quisieron los españoles a Felipe II»—sabemos que «a los españoles no les enardecía ya «la gloria y honra del rey»... pero siguió importándoles mucho la honra y gloria de cada uno, y el prestigio del nombre español». El sexto—«Nombres de personas convertidos en nombres de lugar»—nos prueba que el integralismo hispánico se ha manifestado también en la toponimia hispanoamericana: lo nombrado se incluye en la situación vital del nombrante, siendo un aspecto existencial. El apéndice VIII—«Los españoles doctos se expresaban en una forma que recuerda a Avicena»—vuelve a referirse al «estilo personal» heredado de los árabes. Tales españoles son Nebrija, Fernández de Oviedo, Andrés Laguna... «Mas trazar

la historia del estilo integrado en la experiencia vital es tarea ahora inabordable. Basta con haber llevado a su cauce existencial lo que abstractamente se ha denominado «realismo» e incluso «falta de buena educación» (Vossler). Dentro de tal esquema de expresión vital se encuentran lo mejor y lo peor de las letras españolas desde el Quijote hasta el gran cerco de Viena, satirizado por Moratín. Cuando la integración personal de la expresión no está henchida de valores, el resultado es la chabacanería y la vulgaridad sin precio». El número IX recoge los temas islámicos del siglo XVI y XVII; el metaforismo de Lope, Calderón, Góngora y otros, no es un azar sino la expresión de hábitos multiseculares, de temas árabes anclados en las formas estancadas de las costumbres; en él la huella de Ibn Hazm es perceptible. «Hay una literatura llamada «popular» en virtud de un abstracto convencionalismo, en que se expresa en algún modo la forma de vida cristiano-islámico-judía; sus manifestaciones se encuentran en el lenguaje oral, en géneros como el Romancero, el teatro de Lope de Vega o los cantares breves que pueden ser muy antiguos (según ha hecho ver Menéndez Pidal). Mas «junto a tal manera de literatura hubo otra nacida del contacto con las latinas, francesa o italiana, la cual ignora o evita a su rival»... «En una y otra hubo y hay momentos de alto valor y vulgar plebeyez, y tan bien nos suenan hoy García Lorca como Jorge Guillén (rumor de acequias y olivos granadinos en el uno, realidad inespacial en el otro). Continuar llamando popular el octosílabo del romance y culto el soneto carece de sentido riguroso». El último apéndice—el X—pregunta: «¿Fué Vives un converso?». El Profesor Castro concluye: «Es renacentista en la forma en que podía serlo un

español de cepa judía. Su religiosidad y estoicismo ultrapasados; su pesimismo y melancolía son rasgos todos ellos que adquieren sentido dentro del género «hombre hispano-judaico». Sin embargo, advierte que es una idea provisional que espera ver comprobada cuando se estudie la «forma» de vida de Luis Vives, aunque sí está seguro que éste poseía un cabal conocimiento de la doctrina de los rabinos.

Una «adición acerca de hidalgo» cierra este libro lleno de saber, mas traspasado de humanidad y vida interior; libro que pasma y conmueve, que cerciora y acucia, que convence y estimula a nuevas empresas. Pero..., en la tal adición, de carácter casi exclusivamente filológico—cuyo supuesto etimológico de *algo* y *fijo* proceden de la tierra musulmana de España, el Profesor Castro nos dice: «Si fuese cierta mi etimología de *fijodalgo*, sería una de tantas cosas como han aparecido en este libro, vislumbradas en la penumbra a donde no podía llegar la luz de los documentos. Las últimas reacciones del vivir han de ser intuídas. Lo cual no significa que mi sospecha etimológica acerca de *fijodalgo* no esté necesitada de confirmación o de satisfactoria rectificación». Sin soberbia mutua, tanto el hombre de ciencia como el hombre—el poeta—de intuiciones están de acuerdo y dispuestos a colaborar en el misterioso y difícil camino de la interpretación histórica, a la luz de documentos, o, en defecto de éstos, de la intuición radiante que siempre sabe captar todo aliento de vida, toda vibración del espíritu humano.

No queremos cerrar esta síntesis, al mismo tiempo que pobre glosario, de *España en su Historia*, sin referirnos a algunos extremos de dos de las más importantes reseñas críticas que ha suscitado. Una de ellas

apareció en el número 11 de «Realidad», firmada por José Luis Romero, el cual opina, entre otras cosas: «Ciertamente a veces se equivoca o, mejor dicho, construye con la inteligencia edificios que no parecen suficientemente apoyados en comprobaciones rigurosas. Pero quien conozca su vasto saber y su rigurosa formación deberá sospechar que quiere equivocarse porque prefiere la posibilidad del acierto total a la poco fructífera labor de acumular datos. Así, su libro tiene alguna cosa de aventura». Esta última determinación nos parece un acierto, aunque insuficientemente explicada, pues sólo apunta el término y pasa a otra cuestión. No creemos que exista otro libro con más motivos que éste para tratar de nuevo a propósito de él, la antigua dualidad Historia-Poesía. De aquí que cuando falla el apoyo del dato o del documento histórico, el espíritu penetra en un reino de inefabilidad y trascendencia, apresando la esencia de complejos problemas, huidizos como las nubes. No en vano dijo Aristóteles que el poeta expresa preferentemente lo universal y el historiador lo particular, en un ansia de asir *no lo que es, sino lo que debe ser*. Así, los posibles errores del Profesor Castro, desde el punto de vista de la Historia, son paja ligerísima que avienta el espíritu creador y las certeras intuiciones que por sí mismas *se imponen* y trascienden. La definición de Amado Alonso viene, nos parece, como anillo al dedo, cuando queremos penetrar el sentido de este gran libro palpitante. «La Historia quiere expresar los sucesos, observándolos críticamente desde fuera y cosiéndolos con un hilo de comprensión intelectual», en tanto que «la Poesía quiere vivirlos desde dentro, creando en sus actores una vida auténticamente valdera como vida, gracias al acto poético de instalarse el

autor en cada uno de sus personajes. Lo que el historiador profundo intuye son relaciones entre acciones y sucesos; lo que el poeta intuye es la presencia del vivir personal. Los personajes se convierten en personas y el retrato en hombre vivo. De lo pintado a lo vivo». ¿No es ésta, más o menos, la ruta seguida por el Profesor Castro en su obra? Como historiador, nos cuenta de qué modo fueron las cosas; como poeta, de qué modo debieron ser. Su libro polariza los extremos del eje mágico Historia-Poesía. Y toda crítica inteligente no deberá olvidar esto, ya que partir de la Historia y moverse sólo dentro de sus límites significaría reducir el alcance del libro y frustrar uno de sus propósitos y significados fundamentales. Por una parte, sí, la verdad histórica—el Profesor Castro, en atención a ésta, no amaña, no contrahace, no elude o remienda los hechos, ni admite interpretaciones dictadas por prejuicios políticos o sentimentales—; mas por otra, la dimensión poética, llena de virtud operante y de contenido energético; la captación del aspecto eterno de las cosas, su sentido esencial, que va más allá de la realidad contingente. ¿Que esto último es sólo *verosimilitud*? ¡Cierto, pero es *lo más semejante a la verdad*! ¡Y, a veces, no vale más inclinarse a lo que debió ser que a lo que simplemente fué? ¿No es lo más comprensivo, lo más humano, cuando los instrumentos de acarreo fallan o son tergiversados por el moho de los tiempos, trastornados por la incomprensión de otras épocas, de la mente moderna por ejemplo? Acaso quijotesca, nos sentimos defensores, en último alegato, de la poesía, «corazón palpitante de todas las ciencias y soplo animador de ellas». Don Quijote mismo viene en ayuda nuestra: «La Poesía, señor Hidalgo, a mi parecer, es como una doncella tierna y de

poca edad, y en todo extremo hermosa, a quien tienen cuidado de enriquecer, pulir y adornar otras muchas doncellas, que son todas las otras ciencias, y *ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella*». El Profesor Castro se ha servido, en su libro, de la filología, de la historia, de la literatura y hasta de la pintura, pero todas ellas han concordado entre sí por la acción mágica e interdependiente de la poesía, aliento inspirador y luz traspasadora de misterios. Y justamente porque la poesía es motor y acicate de los espíritus y más poderosa que la misma historia, el libro del Profesor Castro es rico en *sugerencias*, todas ellas incontrovertibles en el ánimo de cada lector. La obra asegura así su fluidora *valencia*, es decir, su eternidad, su saber que sobrepasa la triste y vulgar historia. ¿Y no es la misma vida de España—la criatura biografiada—una fuga poética de la burda realidad, algo *increíble* para los científicos positivistas, para el hombre progresivo y metalizado? Glosando a Cervantes—que decía: «Los romances son demasiado viejos para decir mentiras»—diremos que la obra del Profesor Castro está demasiado penetrada de vida y espíritu—de poesía—demasiado lacerada por inquietud española y hondo dramatismo existencial, para contener mentiras o errores históricos. Su esquema lineal, en este sentido, no admite discusión ni reparos de ninguna índole.

Volviendo a la crítica de José Luis Romero, éste añadía: «ciertas constantes» quedan «insuficientemente explicadas en mi opinión». Aunque después agregaba que en el libro había «sutiles y penetrantes análisis de diversos grupos de fenómenos». Acaso tenga razón el crítico citado, si cedemos ante escrúpulos rigurosamente científicos o *cientifistas*. Mas acaso pequemos

también de ramplonería, de cerrado y estrecho criterio. En la duda, preferimos aceptar aquellas «constantes», sabiendo que una sublimación poética «las hará perdurables en el espíritu de las gentes que viven y sueñan». Preferimos saber que el Profesor Castro, al apartarse de la erudición estricta y del frío academismo, nos ha dado una síntesis vivificante de historia y poesía de España, convirtiéndose en un poeta captador del pasado y vaticinador del futuro de Hispania. Bien vale recordar aquí, en defensa de nuestra opinión, otra vez a Cervantes: «Los poetas también se llaman vates, que quiere decir adivinos». Aunque nuestro don Américo parte de esas bases o «constantes»—discutibles para algunos, por lo que vemos—el resultado de su obra es una superestructura lúcida, clarividente y hasta tornasolada de sugerencias—a causa de éstas hemos pensado en los Infantes de Lara y en el hispano-islámico vengador Mudarra, presentes en el Romancero, en Lope de Vega, en el Duque de Osuna y hasta en Gómez de la Serna—que rechaza la rígida denominación de *historia*. Mejor es una trascendente superhistoria que se mueve en la órbita de la poesía, no exenta, sin embargo, de metahistoria. Poesía quintaesenciada, pues, cuyas raíces nacen en lo más profundo del solar hispano, en el alma y la vida de España, interfiriendo su vena, en planos de comprensión unitaria y totalizadora, con la realidad interna y externa de la simple historia. La obra del Profesor Castro es, repetimos, una síntesis vivificante de verdad y poesía, una armonía de lo que es y de lo posible, una milagrosa fusión de Historia y Poesía, de vida y espíritu, de realidad y de sueño.

La otra reseña a que aludíamos, apareció en el primer número de «Occidental», la revista internacional

editada por Angel del Río. Y será obvio transcribir la opinión de Benardete—«nos complaceremos, eso sí sin parcialidad ninguna, en mostrar cómo con los mismos datos suministrados por el autor mismo las conclusiones podrían ser distintas de aquellas a las que llega Castro a través de sus razonamientos e intuiciones inspirados en las nuevas tendencias filosóficas: vitalismo y existencialismo», porque discreparemos de ella y tendremos que volver a decir frases semejantes a las dichas en el caso anterior. Al fin hemos transcrito algunas de sus palabras, y sólo nos resta añadir: ¿Qué documento, cuál realidad histórica, vital o espiritual, presenta una faceta única, mírese por donde se mire? ¿Qué fenómeno de la naturaleza ostenta siempre la misma luz y el mismo color? ¿O es que el mundo es un orbe de entelequias, de entidades abstractas, incambiables, estáticas, de una pieza? ¿Y quién está en posesión de la verdad única, si es simplemente un humano? Tan *verdadera*, así, es la interpretación que nos da el Profesor Castro, como la que pueda entregarnos algún día el señor Benardete, teniendo a la vista un mismo haz de datos. Y líbrenos Dios de ser más papistas que el Papa.

Urbana, Illinois, agosto de 1949.